

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

FRANQUEO
CONCERTADO

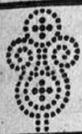
FRANQUEO
CONCERTADO

Precio de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

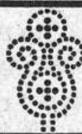
"Este precepto os doy: Amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
San Bernardo, núm. 131, 1.º
GIJÓN



¡Señor!... perdón



Por la tortuosa vereda de la existencia camina un alma.

Con paso cansino, arrastra la enorme carga de la cadena de la vida, formada por los pesados eslabones de los días. Cada pisada, al clavarse en los descalzos piés las guijas del camino, contrae su rostro con la mueca desesperada del dolor y del cansancio. Y sin embargo, sus pasos vacilantes siguen marcándose en la tierra con huellas de sangre, y se dirigen lenta y pesadamente al fin. Allá, en lontananza, a una distancia solamente corta a los ojos del Dios de la Eternidad, la vereda se pierde en un horizonte alumbrado por una estrella de luz rojiza que salpica sus destellos en forma de cruz.

Y sigue caminando el alma, aumentando cada día el peso de un nuevo eslabón a la cadena de su vida; y la vereda se hace cada vez más empinada y pedregosa para sus descalzos piés. Y aquella estrella que marca el misterioso fin de la jornada, parece alejarse cada vez más, movida por una mano enemiga.

De pronto, al borde de la vereda, se abre un camino recto, pavimentado y llano, que termina a poca distancia en un sol radiante de luz y de belleza.

—¡Oh, qué felicidad!—exclama el alma.—Mis piés se posarán sobre la fresca y mullida hierba de los linderos, y el rocío restañará las grietas de mis piés heridos. La jornada es corta y pronto recorreré este camino y llegaré a su fin que me brindará un remanso de paz donde hallaré descanso a la luz del astro esplendente. Pronto podré aliviar a mis hombros de estos eslabones de hierro, forjados día tras día, y cuyo peso hace insoportable mi andar cuesta arriba.

Y aquel camino llano como la mar tranquila, le brindó en su corto recorrido el sedante de la hierba fresca para las plantas de sus piés heridos, y le alivió en buena parte del peso de la cadena de sus días. Y al fin, llegó ansioso al límite de su recorrido, y parándose ante el astro esplendente y radiante de luz, abrió sus brazos y exclamó:

—¡Al fin, descansaré!...

Y en aquél mismo instante, un vértigo supremo sacudió y trastornó todas las fibras de su sensibilidad con inaudita furia. La luz de aquél astro esplendente le ofusca y le ciega, y un torbellino de misteriosos ecos atolondra sus oídos. Quiere oír y sus oídos perciben el atronador y confuso ruido del huracán en el bosque, y del encrispado mar agitado por la más espantosa tormenta. El silvido estridente del aire que desgaja los troncos de los árboles y el estruendo del trueno que rompe las montañas.

Quiere ver, y aquella claridad le deslumbra y ofusca, le marea y aterroriza, y ve la furia del viento, fantasma de su calentura, y ve las embravecidas olas estrellarse unas contra otras desbordando el acantilado; y ve los brazos agitados de los árboles que extienden hacia él el dedo acusador de sus ramas que le señalan. Y ve el cielo oscuro, y no encuentra tierra donde posar sus heridos piés, y ve el abismo abierto a sus plantas y siente en sí la acusación de toda la naturaleza.

Siente olor de azufre; olor de algas podridas de la mar; olor de todos los aromas putrefactos de la tierra. Y sobre todo aquello, la luz deslumbradora de aquel astro esplendente, alumbrando todo el trastorno de los elementos que se retuercen como una visión apocalíptica.

Y siente miedo. Miedo y espanto de sí misma, y quiere huir. Quiere huir de sí misma; perderse de vista; desdoblarse en dos para dejarse abandonada, y emprender una vertiginosa carrera de desorientación, perseguida por el espantoso ruido de los pesados eslabones de la cadena de la existencia. El viento huracanado la empuja y la arrastra, y camina sobre las revueltas olas de la mar. Se hunde en sus abismos para volver a la superficie cada vez con más espanto y mayores ansias de huir.

De pronto, en lontananza, una pequeña caseta con una oscura puerta, le anima en su huida.—¡Si llego, me salvaré!—exclama. Y redobla sus es-

fuerzos. Y en un supremo arranque, triunfa de los elementos sublevados y quiere penetrar en la misteriosa caseta, no pudiendo más que caer desfallecida y de rodillas amparada en el umbral de su oscura puerta. Y de su boca sedienta y seca, solo sale una palabra:—¡Señor!...

En la penumbra del interior, brota una mano blanca que traza sobre su cabeza el signo de la cruz, al tiempo que se escucha el conjuro de una voz sacerdotal que dice:

—¡Ego te absolvo!...

Sigue el alma caminando por el tortuoso camino empinado y pedregoso que termina en una estrella que sangra en forma de cruz...

HERMENEGILDO RODRIGUEZ

LA SALVE

El barco navegaba no muy lejos de la costa y el capitán charlando con algunos pasajeros contaba sus aventuras marinas.

Aquí dónde Vds. lo ven, éste barco lleva ya treinta años de campaña por todos los mares. Hasta ahora se ha defendido bien, pero las goteras de la vejez le tienen ya algo cansado y aún tiene bastante que navegar... hasta que Dios quiera. Creo me moriré con él.

—Aquí rezo siempre una Salve, dijo volviéndose hacia popa y señalando con el dedo el Santuario de la Virgen que perfilaba en el horizonte su masa cenicienta bañada por el rojizo resplandor del sol poniente.

* *

A las seis de la mañana no se descubría desde el puente más que la borrosa claridad de un cielo plumizo, en el que se destacaba un pequeño círculo de resplandor más intenso, que acusaba la presencia del sol apenas levantado en el horizonte. Un vapor ceniciento, que se condensaba en gotas diminutas sobre la pelusilla del ropaje, dejaba en la obscuridad, no solamente los contornos de la costa, sino también los objetos relativamente cercanos. Aquellas nieblas daban frío, traspasaban el pecho, y hacían estre-

mecer el alma con un secreto pavor. Reinaba el *alto silencio* que compone lo desconocido, y solamente se sentía el ligero temblor de la arboladura cuando el barco se inclinaba en un balance, y el ruido metálico de las válvulas que latían a compás.

—¿Dónde estamos?

—Debiéramos estar a la vista—dijo bajando la solapa del capote—y digo que debiéramos estar porque con esta maldita cerrazón es imposible ver nada. Creo que hay Noroeste por fuera, porque las mareas vienen gruesas y tendidas, y el barco cabecea un poco; pero esto no vale nada... lo más prudente es mantenernos un poco lejos de la costa.

—¿Ve usted algo?

En aquel momento el capitán con el cuerpo echado sobre la barandilla y las manos puestas en arco sobre las cejas, miraba con insistencia la superficie del mar, cuyas olas venían de frente.

—Hay rompientes a proa—rugió de pronto dando una patada; y girando sobre sí mismo, describió con su brazo un semicírculo, indicando la virada en redondo al sorprendido timonel... Ya era tarde; una sacudida espantosa, acompañada de un crujido formidable obligó a todos a valerse de sus manos para no rodar por la cubierta, mientras el buque se inclinaba de una manera alarmante sobre uno de sus costados.

—¡Atrás toda!

Así se hizo, pero sin resultado alguno: el buque se había hincado de firme y no había poder que lo arrancara de aquel peñasco de perdición. Pronto empezaron los ruidos siniestros y los bandazos más siniestros todavía que amenazaban descuadernar aquel casco sin equilibrio.

Era pavoroso el aspecto de la ola callada, semitransparente y plomiza que surgía a dos varas de nosotros como la muda aparición del hado adverso, y que se tendía sobre la obra muerta, haciéndola gemir bajo su formidable pesadumbre. Hierros y cordajes temblaban al empuje de aquella sorda resaca, como arbusto que se doblega al soplo del huracán, para caer del otro lado, como se vuelve un moribundo en su postrera agonía.

—¡Botes al agua!—gritó una voz estentórea; y un coro plañidero de gritos y sollozos femeniles vino a completar el tono lúgubre de aquella escena.

Ni el peligro ni la desgracia despojan al hombre fuerte de su dignidad, y creyó llegado el momento de imponerse a toda costa.

—¡Nadie me toque un aparejo—gritó con voz entera—si no quieren que mande enterrar a todos en la cala!

Pero el tiempo pasaba, se iniciaba la bajamar y por aquel espacio desolado no se veía una lancha ni podía apreciarse en modo alguno la distancia de la costa; aquello estaba perdido.

Hubo un momento en que el rostro del capitán se cubrió de una intensa palidez; llevó sus manos a la boina,

estrujándola entre sus dedos; y se descubrió; luego quedó inmóvil, rígido; cerró sus ojos y sus labios se movían fébrilmente... estaba rezando!

Fué cosa de algunos instantes; sentimos bajo nuestros piés una tremenda sacudida; miró en torno de sí con aire de hombre beodo o soñoliento, y gritó con toda la fuerza de sus pulmones de bronce:

—¡Arranca! ¡arranca!

Y el barco arrancó ¡vaya si arrancó!; enderezándose con valentía echó hacia atrás con todas las fuerzas de la máquina, y se deslizó majestuoso entre dos filas de escollos.

—¿Hace agua?

—Ni una gota, capitán.

—Ya veremos—ya veremos, repetía el capitán, liando un cigarro de papel amarillo y tabaco de hebra de Virginia—yo conozco bien las lacras de este carromato viejo y he sentido algo que no me gusta del todo; cuando lleguemos a puerto registraremos la cala...

.....
Era un pedrusco en forma de hacha, envuelto en algas marinas lo que el buen patrón tenía en las manos y examinaba con la más intensa emoción.

—Vea usted lo que hemos encontrado en una juntura del codaste... es un parche que la Virgen nos ha puesto para que no nos fuéramos a pique; es un remiendo en hilván, pero como Ella sabe hacerlos!

.....
¡Pobre Juan Bautista! ¡Cuántas veces te he visto después arrodillado ante tu Virgen con tus ojos clavados en los suyos, y en actitud de un verdadero extático!

F. I.

LA IMPOSICION

Como premio de sus ilusiones, de sus sueños dorados, de sus luchas y fatigas, tuvo D. Tranquilino Soplete una esposa a pedir de boca, en D.^a Bárbara Valdemorrillos.

Tranquilino era un sujeto muy precavido a fuerza de fiascos; así que buen cuidado tuvo de ajustar estipulaciones con su futura, antes de someterse a la coyunda.

—Mira, pichona, díjole una vez; yo estoy harto de trabajos y sinsabores, y quiero en tí una mujer en regla, que administre el hogar con independencia y acierto, para poder yo entregarme al descanso y a mis aficiones pacíficas.

¡Fatal confesión de propósitos! ¡Perjudicial condescendencia prematuramente manifestada!

A los quince días de casados, D.^a Bárbara empezó a mandar a un cuerno las ofertas de sumisión y compañerismo que de novia le había logrado arrancar Tranquilino, que seguía pacífico como un conejo. La férula se impuso de un modo tal, que a los pocos meses Tranquilino era un melón, un memo, un pobre diablo sin

vigor que pasaba por todos los cilindros que le formaba el capricho y la imposición de su Bárbara consorte.

Pero, eso sí, la astucia de D.^a Bárbara no dejaba traslucir su imperio, y ensayando cubrir las menores fórmulas, a todos tenía buen cuidado de decirles:

—Créame usted: guardo un culto a las leyes del hogar; yo soy una mujer que no doy de comer a un pájaro sin consultar la voluntad de mi marido.

Y con frecuencia los vecinos oían estos diálogos:

—Tranquilino, ¿te parece bien que tu esposa se compre unos avalorios que están de moda?

—Pero, hija, no estamos para esos guiñapos, y eso es un derroche.

—No seas imbécil: ¿no ves tú que el decoro del estado lo exige, y ese es un gasto necesario?

—Pero nuestra situación económica...

—¿Qué sabes tú de eso? La situación económica la manejo yo. Después de mí, el diluvio, dijo Luis XV; y yo no soy tan gánápira para ahorrarle a la que me suceda cuando enviudes.

—Pero más precisa es la escuela de los muchachos, las comodidades de la casa, y otras perentorias necesidades, hija.

—Pues, chitón y chico pleito. Si le parece a usted bien ha de hacer lo que me plazca, y si no, lo haré también. ¡No faltaba más!

—Pues haz lo que quieras, hija.

—Eso es otra cosa; y me satisface el obrar conforme a tu voluntad, conciliar tus intereses encomendados a mí, querido mío, y no proceder violentamente.

Y Bárbara se compraba los alifafes y hacía su santísimo gusto.

Los haberes conyugales iban a ménos con este sistema, y la paz interior dada al traste con todo y la cachaza del paciente Tranquilino, que en consuelo de sus males filosofaba así:

Tú tienes la culpa, Tranquilino; el pasmo se ataja con tiempo. Fué débil para aceptar el primer abuso, y aquí te tienes hecho un jamelgo.

—Tranquilino: a tí hay que hacerte el bien a palos.

—Bueno, mujer.

—Tranquilino: déjate gobernar por mí, que tú no sabes lo que te haces.

—Está bien, Bárbara.

—Tranquilino: no me sofoques la sangre con tus protestas, que yo sé lo que hago.

—Como quieras, hija.

Y adelante con la cruz; el marido llegó al extremo de no saber ni lo que comía, ni el por qué de los asuntos del hogar.

Muy aficionado era Tranquilino a las perdices, y para alejar sus penas tomaba la escopeta, y a cazar se iba su predilecto bocado.

Trajo un día dos o tres gordas, y a regañadientes se encargó D.^a Bárbara del guisado. Dormido se quedó entre tanto el cazador, y su mujer, animada por el tufillo de las aves, tomó para probar una presa. Para remate de males le supo bien el pedacito, y prueba que prueba, acabó por comerse la egoísta golosa todo el potaje; y aquí de su ingenio para salir bien cubriendo la fórmula.

Pues ¿qué hizo? Puso una silla frente a D. Tranquilino y la llenó de todos los

menesteres de mesa, un suplemento de huesos de perdiz en el plato y uno que otro residuo esparcido en los contornos, y aprovechando de un ronquido del buen hombre, le acomodó en la boca una pluma de dientes.

Despierta en esto Tranquilino, y a pesar de su sorpresa al ver todos los adminículos junto a sí, llama a su mujer y le dice:

—Dime, Barbarita, si no es imprudencia, ¿qué hay de perdices?

—¡Buena pregunta! ¿Y no ves lo que has hecho?

—Pero si yo no siento nada en el estómago...

—Así lo tendrás. ¿No recuerdas que comiste y te quedaste dormido? Y por más señas, allí tienes el mondadientes con que te limpiabas.

—Pero hija, si ni entre dientes conservo ningún residuo, argüía el infeliz paladeando por ver si encontraba alguna reminiscencia del sabor.

—Pues te digo que lo has comido, vaya. Tú sabes que yo no como esos avechuchos.

—Vaya en gracia, dijo la víctima, y se asomó resignado a la ventana a continuar limpiándose los dientes y haciendo la requisa de alguna miaja.

Pasa en esto un amigo y le pregunta:

—¿Qué hace usted, D. Tranquilino?

—Aquí, amigo, limpiándome los dientes.

—¿Ya comió usted?

—Sí... Mi mujer dice que he comido perdices.

X.

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

En aquellos días, Jesús de Nazaret, frecuentaba el Templo de Jerusalén y enseñaba su doctrina y explicaba los libros sagrados. Su palabra era de una fuerza extraordinaria, su misma sencillez atraía a los humildes y a los poderosos y siempre rodeado de numerosos oyentes iba exponiendo la doctrina de la nueva Ley al mismo tiempo que hacía resaltar las erróneas interpretaciones que el egoísmo y el orgullo habían dado a las palabras de los profetas.

Muchas cosas hubo de decir en aquellos días y mucha gente abrazaba su doctrina atraída por la fuerza de sus argumentos, por sus palabras llenas de justa sabiduría y por lo que significaban para aquellas gentes víctimas siempre de los poderosos de la tierra y de los explotadores de la fe del pueblo creyente.

Y dirigiéndose cierto día a los judíos que habían sido convertidos, les dijo:

—Si vosotros permanecéis en mi palabra seréis en verdad mis discípulos. Y conoceréis la verdad y la verdad os dará libertad.

Aquel pueblo esclavo de los romanos y de los escribas y fariseos, escuchaba por vez primera una doctrina, en la cual se les ofrecía la libertad, pero la libertad del alma, mucho más grande que la libertad de sus miembros esclavos.

Y aquí está el error de los pueblos que

luchan a través de los siglos por su libertad. Y sacrifican sus vidas y las vidas ajenas y destruyen todas las libertades, arrasan ciudades y desmoronan civilizaciones y al final de la lucha apocalíptica se presenta a sus ojos la tiranía, la esclavitud, mientras sobre sus miembros doloridos por el esfuerzo extraordinario de la lucha cae una cadena más fuerte y un yugo más brutal.

Y los crímenes más atroces y más repugnantes se cometen en su nombre, y al grito de ¡libertad! se unden nuevos pueblos en la esclavitud y se llenan las cárceles de víctimas inocentes.

El mundo arrebatado de locura ha destrozado una civilización para imponer la libertad de todos los hombres y al final de la triste jornada han encontrado sus manos sujetas por la cadena del poderoso, del más fuerte, tal vez del tirano injusto, cayendo a cada paso que avanza en una nueva trampa que fué tejiendo el engaño cruel de la vida.

El pecado está dentro de los hombres. La libertad no ha de buscarse en las formas externas, dentro de nosotros mismos podemos ser libres y los muros de las cárceles no pueden sujetar el alma que liberada de la esclavitud del pecado y de la culpa, tiene delante de sí unos años de vida y al final una libertad inmortal que ningún poder humano puede sujetar.

Apartándose de la verdadera libertad, el hombre se esclaviza de sus pasiones y cae una y otra vez en el pecado inmoral que le sujeta, en el negocio abusivo que le atrae, en la amistad innoble que le perjudica, en el respeto humano que le coarta, y creyéndose libre es esclavo de todas sus pasiones a las que deja en libertad y éstas se adueñan de su albedrío que conducen según sus caprichos. Y así vemos las tristes consecuencias de quien creyéndose libre termina sujetando su vida al capricho de una mujer que le impide organizar su vida normalmente, o al negocio ilícito que los compromisos contraídos no le permiten abandonar, o también a ciertas amistades de las cuales no puede desligarse... a pesar de ser libre y de no querer sujetarse a ninguna ley divina.

Menguada libertad, la libertad que el mundo ofrece. El alma pura es la que puede decir que es verdaderamente libre, porque posee la verdad y puede entonces decidir de sus propios destinos, y vivir honradamente en su casa con su familia, levantar orgullosamente su frente a todos el mundo ante el cual de nada tiene que avergonzarse. Sabe muy bien que no tendrá que bajar su vista ante la mirada de ninguna mujer, ni de ningún compañero de negocios, porque su alma se ha mantenido pura en medio de las ambiciones y de las inmoralidades humanas. No teme el porvenir, está seguro de que su camino es la verdad y la vida. Y si la desgracia pasa por su puerta, su fe es grande y le dará fuerzas para sobreponerse a ella. Tampoco temblará ante las injusticias de los hombres y no le faltará valor si Dios le exige el máximo sacrificio por su verdadera libertad.

Desgraciados de los hombres y de los pueblos que buscan la libertad en las miserias y ambiciones humanas. Cada paso

en el camino de la vida, será un desengaño más a sus ansias de libertad.

Y oyéndole los judíos en los que la fe no había arraigado aún en su corazón, le contestaron:

—Somos hijos de Abraham. ¡No hemos sido esclavos jamás de nadie! ¿A qué nos vienes diciendo: seréis libres?

Engaño cruel de quienes se creían libres, siendo esclavos.

R.

PARABOLAS

EL PARARRAYOS

A Hermenegildo Rodríguez
devotamente

Pararrayos que te asientas
en el alto torreón,
¿qué sabes tú de tormentas
si no tienes corazón?

Así, mientras yo desmayo,
tú clavas tu recta erguida;
a tí te acaricia el rayo
¡a mí me quita la vida!

Mientras tú vives sereno,
yo muero en lucha insensata;
a tí te adormece el trueno
¡a mí me aturde y me mata!

En la cerrazón oscura
de estas tormentas del alma;
¡cuéntame desde la altura
el secreto de tu calma!

En los brazos del ciclón
huyó la nube sombría
y en el alto torreón
el Pararrayos decía:

“Si quieres vencer la guerra
de las tormentas del suelo,
ten las plantas en la tierra
¡pero la frente en el Cielo!”

Francisco ROMERO
Magistral de Zamora

ASTURIAS: SU HISTORIA, SUS PAISAJES, SUS ARTISTAS Y SUS COSTUMBRES

En un pequeño libro de 69 páginas ha conseguido reunir la Srta. Concha Crespo Reguero, lo más importante de nuestra historia y de sus paisajes, comentando sus costumbres y hablando de nuestros artistas.

En forma amena recorre toda Asturias haciendo agradable la lectura de su interesante libro.

Hemos recibido un ejemplar del mismo cuyo envío agradecemos al mismo tiempo que lo recomendamos a nuestros lectores.

Los pedidos de dicha obra se pueden dirigir a nombre de su autora en el Apartado 124, de CADIZ.

COMENTANDO

HABLANDO CON PERDON

He visitado recientemente, en una Villa Coronada de nuestra preciosa Asturias, una fábrica de embutidos.

La soberana limpieza, el mejor anuncio de esta fábrica, reluce en el embaldosado de sus suelos y en la blancura lograda a fuerza de agua y legía en sus mesas de pino. Todo está resplandeciente en los patios y en el zaguán. Cuando abrimos la puerta que comunica con el almacén de carnes, a pesar de su esmerada limpieza, notamos ante la ordenada distribución de animales destrozados, algo de desazón y de malestar. Aquello olía a checa.

Restos de carne sonrosada de algún ternero que dejó a su madre la vaca abandonada y triste, y trozos pequeños y grandes de una y de otra parte del cuerpo de algún infeliz cerdo, *hablando con perdón*, que abandonó a los suyos para ofrecerse sabroso a sus verdugos los hombres.

¡Pobres terneros y pobres cerdos, *hablando con perdón*, aquellos que llenaban con sus carnes desparramadas la estancia! Pero no filosofemos sobre su desgracia ya que ella nos proporciona tan agradables y deliciosos momentos de bienestar. El egoísmo del hombre se sobrepone a tamaña catástrofe porcina y vacuna, y azuzamos a sus verdugos para que afilen sus punzantes cuchillos y sigan matando para nuestros paladares más ter-

neros y más cerdos, *hablando con perdón*.

Pasamos a otro departamento, donde unas simpáticas mujeres rellenan las tripas del cerdo, *hablando con perdón*, con escogida carne de ternera y cerdo, *hablando con perdón*. De allí salían con suma facilidad asombrosas riestras de chorizos de largo metraje y morcillas de distintos calibres, que se clasificaban ordenadamente por calidades y se colgaban de unos palos en una habitación contigua, donde recibirán durante una temporada la cálida caricia del humo que los ha de curar.

Y en otro departamento, chorizos y morcillas ya curados, esperan su turno para ser envasados convenientemente y enviados al comercio. Más allá, como solemnes estalagmitas que amenazan con caerse sobre las cabezas de los curiosos, esperan ser degustados por los paladares sibaritas, los reyes de la fruta: unos cuantos jamones de cerdo, *hablando con perdón*.

Podrá estar bien o mal escrito este comentario; podrá decir mucho o no decir nada; podrá venir o no a cuento, pero nadie podrá decir que está escrito con poca educación.

HERO

Solución al Jeroglífico núm. 17, por Morán:
Tiene millones de Dolares

CESAR A. PRIETO

PINTOR

Dorado, pintura decorativa y lisa.
Dibujos y presupuestos gratis.
Av. del Molinón, n.º 2 - Teléfono 3115
GIJÓN

PALACIOS

LIBRERIA RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano y
exclusivo de la Cooperativa Nacional del Clero

† PILARINA IGLESIAS DIAZ

El 24 del pasado junio, falleció en Madrid después de una larga temporada de sufrimientos y de dolores.

Mucho nos apena su muerte que nos hace recordar la alegría infantil con que en los tristes meses de nuestro cautiverio durante la guerra civil, mitigaba nuestras penas y animaba los decaídos espíritus.

Su carácter de contagiosa alegría y su simpatía hacían de Pilarina la jovencita de amena charla y de infantiles visiones. La muerte no respetó su juventud ni su eterna sonrisa llena de franqueza y de simpatía. A los 23 años, dejaba ésta vida y abandonaba las miserias humanas para unir su risa y su inquieta alegría a la de los ángeles que viven eternamente alegres y eternamente felices lejos de las desgracias del mundo.

Que Dios le haya otorgado el descanso y la felicidad que no le podían conceder en este valle de dolor.

D. E. P.

Jeroglífico núm. 18, por Kinito

V L O N

1000 terminación verbal

K nota

500 nota

P En el mar

¿A dónde fué tu padre?

JOYERIA - PLATERIA - RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56



Depositando sus economías en la

CAJA DE AHORROS MUNICIPAL DE GIJÓN

vela por sus intereses y participa en una amplia obra benéfico-social, pues a tal fin, tras constituir sólidos fondos de reserva, dedica INTEGRAMENTE sus utilidades esta Institución tutelada y fiscalizada por el Estado

ABONA EL INTERÉS MÁXIMO AUTORIZADO

Domicilio social: CALLE DEL INSTITUTO
(edificio de su propiedad)

PRÉSTAMOS A INTERÉS MODICO